

COMPENDIO DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Nº 47 ¿Quién es el Espíritu Santo que Jesucristo nos ha revelado?

Monseñor José Ignacio Munilla

(Transcripción aproximada del audio)

Número 47 del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica:

¿Quién es el Espíritu Santo, que Jesucristo nos ha revelado? (243-248)

El Espíritu Santo es la tercera Persona de la Santísima Trinidad. Es Dios, uno e igual al Padre y al Hijo; “procede del Padre” (Jn 15, 26), que es principio sin principio y origen de toda la vida trinitaria. Y procede también del Hijo (Filioque), por el don eterno que el Padre hace al Hijo. El Espíritu Santo, enviado por el Padre y por el Hijo encarnado, guía a la Iglesia hasta el conocimiento de la “verdad plena” (Jn 16, 13).

Igual que hemos explicado que Jesucristo es la segunda persona de la Santísima Trinidad, el Verbo está eternamente engendrado por el Padre, el Hijo no es después del Padre, alguien me hizo la siguiente pregunta ¿qué es antes, el Padre o el Hijo? El Padre no es antes del Hijo, el Hijo y el Padre son al mismo tiempo, porque no hay padre si no hay hijo, ni hay hijo si no hay padre. El Padre está engendrando al Hijo desde toda la eternidad. Es una generación eterna. Y ahora viene la pregunta: ¿y el Espíritu Santo? ¿El Espíritu Santo es Dios como el Padre y como el Hijo? Es uno, igual al Padre y al Hijo y su origen es desde el Padre y desde el Hijo, porque el Padre le ha concedido también el don al Hijo de poder engendrar al Espíritu Santo.

La expresión “Que procede del Padre y del Hijo” (Credo niceno constantinopolitano) ha sido objeto también de alguna cierta dificultad de relación ecuménica con la Iglesia ortodoxa, porque la expresión que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo nació del Concilio de Florencia en el año 1438 y cuando se hizo el Concilio ya se había producido, por desgracia, el cisma de oriente. Entonces, en el Concilio de Constantinopla no se utilizaba la expresión “que procede del Padre y del Hijo”, y por lo tanto, nuestros hermanos ortodoxos rezan en el Credo que, el Espíritu Santo “procede del Padre a través del Hijo”. Y nosotros rezamos “procede del Padre y del Hijo”.

Lo cierto es que la Iglesia Católica, lo dice explícitamente el Catecismo mayor (CIC nº 248) “Esta legítima complementariedad, si no se desorbita, no afecta a la identidad de la fe en la realidad del mismo misterio confesado”. Es decir que no cabe decir que exista una divergencia de fe con la Iglesia ortodoxa, por el hecho de que nosotros recemos que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo y que ellos digan que el Espíritu Santo procede del Padre a través del Hijo. No existe una divergencia. Es bien entendido, sin exorbitarlo, es confluyente. Es importante esto porque, quizás el movimiento ecuménico con nuestros hermanos ortodoxos está mucho más consolidado que con los protestantes, y por eso la

Iglesia Católica, en este Catecismo de la Iglesia Católica, ha tenido un cuidado exquisito de tipo ecuménico.

“Procede del Padre y del Hijo”. Jesús, antes de la celebración de la Pascua, especialmente en el Evangelio de San Juan, en ese discurso después de la última cena, anuncia el envío del Espíritu Santo: “Os enviaré otro Paráclito”. Utiliza la palabra “paráclito” (el defensor), “él os guiará hasta la verdad plena”. Es un momento cumbre, en el que Jesucristo va a marchar y anuncia el envío del Espíritu Santo, al que llama Paráclito. Es el momento en el que la humanidad de Jesucristo ha sido glorificada (por glorificado entiendo que Jesucristo ha muerto y ha resucitado); ese momento es el momento del envío del Espíritu Santo. El hecho de que Pentecostés tenga lugar después de que Jesús ha muerto, ha resucitado y ha ascendido a los cielos, quiere decir que es la humanidad glorificada de Jesucristo, la fuente también desde la que se nos envía el don del Espíritu Santo. Es enviado por el Padre y por el Hijo y es hermosa esa imagen.

San Juan Crisóstomo utiliza una imagen bellísima para explicar esto: un perfume muy oloroso que está perfectamente encerrado en un frasco de cristal herméticamente cerrado, de manera que no se percibe el olor que está dentro de ese frasco de perfume. Imagínate que alguien coge con fuerza ese frasco de perfume y lo tira al suelo y se rompe el cristal, y entonces ese perfume que estaba dentro, difunde su olor por toda la habitación, por toda la casa. Eso es lo que pasa con la efusión del Espíritu Santo que viene como consecuencia de la glorificación de Cristo. En la muerte y glorificación de Jesucristo es cuando se infunde el Espíritu Santo a toda la humanidad, porque él procede del Padre y del Hijo, o por el Padre a través del Hijo como dicen nuestros hermanos ortodoxos.

Ha sido la glorificación de Jesucristo la que nos ha infundido el don del Espíritu Santo. Por eso, esa imagen en la que el soldado traspasó con la lanza el costado de Cristo. Al traspasar con la lanza el costado, brotó Sangre y Agua y esa imagen es también del Don del Espíritu Santo; esa agua que brotó de allí es imagen del Don del Espíritu que procede de Cristo glorificado.

En definitiva, cuando recemos el Credo (el Credo niceno), y recemos y escuchemos que él procede del Padre y del Hijo, tomemos conciencia de que esa expresión “del Padre y el Hijo”, ha nacido de esa reflexión del magisterio de la Iglesia, quién en ese Concilio de Florencia expresó de esta manera: “procede del Padre y del Hijo”, y dice explícitamente aquel Concilio: “El Espíritu Santo tiene su esencia y su ser a la vez del Padre y del Hijo, y procede eternamente, tanto del uno como del otro, como de un solo principio y por una sola espiración.